



Programa Regional "Ciudades Seguras: Violencia contra las mujeres y políticas públicas"

TALLERES DE DEBATE EN TORNO A CIUDADES MÁS SEGURAS PARA TOD@S:

“PERSPECTIVA DE GÉNERO PARA ENFOCAR LA VIOLENCIA EN LOS GUETOS DE SANTIAGO”

Presentación

SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación está llevando a cabo un ciclo de talleres de debate como parte del Programa Regional “Ciudades Seguras: Violencia contra las mujeres y políticas públicas”¹, que es ejecutado por el Fondo de las Naciones Unidas para la Mujer (Unifem), Oficina de Brasil y países del Cono Sur, y Oficina Región Andina; y que es financiado por la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI).

Este ciclo se enmarca en la línea de sistematización y producción de conocimiento del Programa, que se propone el fortalecimiento del debate público sobre la seguridad de las mujeres en las ciudades y la generación de propuestas de políticas públicas desde una perspectiva de género.

El tercer taller del ciclo se realizó el día miércoles 13 de diciembre, en la sede de SUR Corporación. A cargo de Alfredo Rodríguez, Paula Rodríguez, Marisol Saborido y Ximena Salas, se estructuró sobre la base del artículo “Perspectiva de género para enfocar la violencia en los guetos de Santiago”, el que fue presentado, en el mes de octubre del 2006, en el Seminario "Ciudad compartida", en la XV Bienal de Arquitectura, Santiago de Chile, en el marco de la Bienal de Arquitectura; y en el Simposio “Las ciudades que deseamos. Una visión desde el género”, que formó parte de las actividades que se realizaron en el marco de las VIII Jornadas Nacionales de Historia de las mujeres y el III Congreso Iberoamericano de Estudios de Género, organizado por la Universidad Nacional de Córdoba.

En el artículo se plantea un interés en profundizar en por qué se produce la violencia hacia las mujeres en la ciudad, y en particular en ciertas zonas de ésta, a partir de que no se acepta como

¹ Véase SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación, “Programa Regional Ciudades Seguras: Violencia contra las mujeres y políticas públicas”, en <<http://www.sitiosur.cl/unifem.asp>> (Consultado en enero de 2007).

“natural” la relación entre violencia y pobreza. Se quiere así, señalar que el contexto urbano no es neutro, que se requiere de una perspectiva de género para observar los lugares donde se realizan las políticas sociales, y, más aún, hacer visible cómo algunas de las características de estos lugares (creados mediante políticas), inciden directamente en una mayor concentración de manifestaciones de violencia hacia las mujeres.

Luego de la exposición del texto y una presentación gráfica, se inició una conversación acerca de si la vivienda social produce o reproduce la violencia, de cómo develar los mecanismos que utiliza el Estado para ejercerla, cuál es la validez de intentar ligar política social, construcción de hábitat y conductas sociales, cuáles son los factores que intervienen en la producción de determinados comportamientos y la posibilidad de construir un conjunto de elementos de intervención; cómo se habla de la violencia, cuáles son los discursos que la interpretan, cómo se construyen las denuncias; cómo mujeres y hombres ocupan el espacio de maneras muy diferentes; y cuál el lugar que le asignamos al territorio en la construcción de las hipótesis, entre otros.

Participaron en el debate como expositores: Alfredo Rodríguez (encargado de llevar a cabo la conversación), Ximena Salas, Marisol Saborido y Paula Rodríguez, de SUR Corporación. Y como comentaristas: Ximena Valdés, de CEDEM; Fabio Velásquez, investigador de Foro por Colombia; Virginia Guzmán, psicóloga, de la CEPAL; Fernando Jiménez, director de la ONG Cordillera; Uca Silva, Paz Bartolomé y Paulina Matta, de SUR Corporación; Ivonne Montecinos, asistente social; Teodosio Saavedra y Verónica Boteselle, del Ministerio de Vivienda y Urbanismo (Minvu); y Paola Jirón, del Instituto de la Vivienda de la Universidad de Chile.

SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación.
Tercera semana de enero de 2007.

CONVERSACIÓN

ALFREDO RODRÍGUEZ: Vamos a presentar un artículo que estamos escribiendo a ocho manos, que nos ha costado bastante, y por el cual nos hemos peleado varias veces... [Risas]

XIMENA VALDÉS: Qué exagerado...

ALFREDO RODRÍGUEZ: Ha sido bastante difícil centrar el asunto que queremos mostrar: la relación que hay entre género y espacio, la ciudad y las viviendas, o la misma violencia intrafamiliar. Hemos revisado casi todo lo que se ha escrito sobre violencia intrafamiliar, pero la dimensión espacial, la dimensión territorial, los lugares donde ocurren, no aparecen. No aparecen, y generalmente tampoco aparecen cifras.

Lo que nos interesa —y esto es parte del programa que estamos desarrollando con Unifem—, es colocar el tema del género y la ciudad. Tema que desde hace tiempo sabemos que también es una preocupación de Ximena Valdés, que es geógrafa. Por eso la hemos convidado para que ella nos haga algunos comentarios y luego tener un debate con todas las personas presentes.

Para comenzar, vamos a hacer una presentación muy rápida. En general, lo que veíamos cuando se habla de Santiago y del común de las ciudades latinoamericanas, es que ya es lugar común decir que están fragmentadas, segregadas, etc., pero no se dice ni una palabra respecto a la perspectiva de género. Y lo que a nosotros nos interesaba en este trabajo es mostrar cómo Santiago no es “neutro” respecto a la dimensión de género.

Tampoco queremos aceptar lo que a veces se dice, que hay una relación “natural” entre pobreza y violencia, sino que queremos mostrar cómo —en el caso particular de Santiago, y visto a través del examen de las políticas sociales de vivienda y las políticas urbanas— la aplicación de políticas sociales que no considera la dimensión de género, se terminan creando lugares donde se concentra la violencia intrafamiliar. Lugares donde se concentra violencia física y psicológica del hombre hacia mujer, pero en donde también hay una violencia simbólica y una violencia social, porque se terminan creando objetos urbanos que afectan principalmente a las mujeres que están confinadas en ellos. El punto, entonces, es cómo una política social incide en el espacio e incide en el género. Eso es lo que queremos tratar de hacer. La argumentación todavía no es muy fluida, pero lo queremos colocar en la conversación.

El punto es este: paradójicamente, la violencia contra mujeres ha sido uno de los resultados no previstos de determinadas políticas habitacionales para ciertos sectores de la población. Son políticas redistributivas y democráticas en su concepción, pero con resultados que escapan a esa orientación. Tal vez hay que ampliar el punto de partida. Eso es lo que queremos demostrar. El año 2005 hicimos un estudio con Ximena Salas, tomando como referencia una base de datos del Ministerio de Interior. Es un registro de denuncias que tiene una serie de limitaciones, como posibles subregistros, son sólo las denuncias, y no el total de delitos, etc. Pero es el único registro que está relacionado a un sistema de representación geográfica, que es posible de representar geográficamente.

Nos encontramos con que en estos registros de denuncias había diferencias entre hombres y mujeres. Nuestra idea era que, para situar cualquiera de estos hechos en la ciudad, teníamos que considerar la dimensión espacial y la dimensión temporal; los distintos lugares y en los distintos momentos del día, y apreciar los cambios. No se puede mirar la ciudad como una cosa fija y decir “esto sólo es así”. Además, los delitos afectan de manera distinta a hombres y mujeres. Por ejemplo, el “robo con violencia” se da mucho en el eje de Alameda, Providencia, Apoquindo y

sus víctimas son principalmente hombres; mientras que las mujeres son más afectadas por violencia intrafamiliar y lesiones, y en los hogares. La mayoría de los hombres es víctima en la noche, y las mujeres en el día, como desde las cuatro de la tarde a las doce de la noche. Por lo tanto, se podría decir “el espacio público es masculino y el espacio privado es femenino”, pero no es así, porque hay otra serie de condicionantes que inciden.

A partir de la localización espacial y temporal de las denuncias de los delitos y de un catastro de los lugares donde están las viviendas sociales en Santiago, construidas entre el año 1980 y el 2001, pudimos observar que los lugares donde hay mayor intensidad de denuncias de violencia intrafamiliar coinciden con los grandes conjuntos y aglomeraciones de vivienda social.

Cuando empezamos a colocar este punto, en el Ministerio de Vivienda uno de los asesores dijo: “Pero si esto es obvio; la violencia intrafamiliar está asociada a la pobreza y, por lo tanto, donde hay más densidad de familias pobres, va a haber más denuncias”. Otra posibilidad es tener una posición excesivamente optimista y decir: “Claro, las mujeres que han llegado a las viviendas sociales han pasado por programas de políticas sociales del gobierno y están más empoderadas, y como están más empoderadas, hacen más denuncias”.

Lo que hemos tratado de hacer es repensar estos dos argumentos. En el primer caso, en relación con densidad, y con datos a nivel de distrito censal, vemos que en verdad las concentraciones de denuncias y las concentraciones de viviendas sociales están en los distritos más densos. Pero nosotros creemos que el argumento es al revés: esos distritos censales son más densos porque están ahí los conjuntos de viviendas sociales y porque son los conjuntos de viviendas sociales los que tienen mayor concentración poblacional. Yo creo que una buena prueba de esta argumentación se presenta en el plano siguiente [ver la proyección en Power Point], los distritos censales de la zona de Quilicura, por donde está el conjunto habitacional Cardenal Silva y otros. Están en un distrito censal de baja densidad, que probablemente va a tener una gran densidad cuando se llene de conjuntos de viviendas sociales. Entonces, no es sólo asunto de densidad, es una determinada forma de ocupación del territorio, que termina por comprender una determinada densidad.

Tampoco decimos que la violencia intrafamiliar se puede explicar sólo por la pobreza. En este plano nuevamente recurrimos a los distritos censales y, con los datos que Gloria Yañez, del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales de la Universidad Católica, tomamos la distribución del segmento D, que no es el más pobre (ingreso de 200 a 300 mil pesos mensuales) pero que está bastante cerca del que habita la vivienda social. Comparando la distribución de las concentraciones de población del segmento D y las concentraciones de viviendas sociales, ambas por distritos censales, vemos que no coinciden fuertemente.

Entonces, podemos responder que la violencia intrafamiliar no remite sólo a densidad, no sólo a pobreza, sino que es más compleja la razón de su ocurrencia. Para indagar en ello, tomamos una comuna, Puente Alto, por distintas razones: (a) es, tal vez, la comuna que tiene mayor concentración de viviendas sociales; (b) es una comuna en la que gran parte de la población es del segmento D; (c) y hay concentración de la violencia intrafamiliar. Además, teníamos información adicional, que conseguimos del censo 2002, a nivel de manzana censal. Segmentamos esta información censal en tres tipos de manzana, usando el sistema de información geográfica, la fotografía aérea y los datos del censo. Ubicamos las manzanas en las que sólo había vivienda social, las manzanas en las que sólo había conjuntos PET (Programa

Especial de Trabajadores) y el resto de manzanas de la comuna. Entonces, lo tabulamos y vimos algunas cosas.

Efectivamente, una cosa que llama la atención es que hay muchas más personas por manzana en las correspondientes de viviendas sociales. Tomando el promedio de manzana, en las viviendas sociales es casi el doble que en la parte pobre “normal” de Puente Alto. Otra gran característica es que el 43 por ciento de las viviendas ahí son departamentos.

La otra cosa que hicimos fue tomar el total de denuncias de violencia intrafamiliar en cada una de los tres tipos de manzanas. Lo que vemos es que en las viviendas sociales hay 8,4 denuncias por cada diez mil personas, mientras el promedio de la comuna es 7,1 denuncias por diez mil. Es mayor, pero no hay grandes diferencias. O sea, no es que las denuncias estén mayoritariamente localizadas en los conjuntos de vivienda social. Pero sí, como hay una concentración poblacional muy grande, las mayores concentraciones de denuncias están ahí.

Revisamos y comparamos también, en los tres tipos, las características de los jefes y jefas de hogar y no encontramos mayores diferencias, salvo en lo que se refiere a la participación laboral de las jefas de hogar respecto a los jefes. Pero la distribución porcentual del mayor desempleo del grupo mujeres jefas de hogar respecto al grupo jefes de hogar hombres en los conjuntos de vivienda social es muy similar al promedio de la comuna. Donde hay grandes diferencias es en los niveles de educación. El grupo de personas con sólo con educación básica, en los conjuntos de vivienda sociales es de 42 por ciento, mientras que el promedio comunal es de solo 19 por ciento. Ahí hay una cosa fuerte.

Nosotros pensamos que, la razón por la cual hay mayor cantidad de denuncias en los conjuntos de vivienda social es por su alto grado de concentración poblacional. Ahora bien, si tomamos en cuenta esta mayor concentración de población y de denuncias en grandes conjuntos habitacionales (o grupos de conjuntos), localizados en la periferia de la ciudad, desvinculados de la trama urbana, aislados; en donde las mujeres tienen restricciones para salir de ellos, e incluso en ciertos casos para circular por su interior; podemos acercarnos a la hipótesis de que estos conjuntos de vivienda social, son una especie de guetos urbanos: agrupaciones de viviendas muy pequeñas, muy concentradas, gran parte de sus residentes se sienten estigmatizados, etc.

XIMENA VALDÉS: ¿Cuántos metros tienen más o menos las viviendas?

ALFREDO RODRÍGUEZ: Éstas deben tener como 33 a 36 metros cuadrados, máximo. Hemos hecho una buena cantidad de *focus groups* y hemos visto que una de las cosas que siempre pasa es que la gente llega al conjunto y al principio está muy satisfecha; los estudios que hicieron el INVI y el Ministerio muestran eso. Pero al cabo de dos años esa cosa cambia.

En otro estudio que hicimos de tres conjuntos, Cordillera II, Mamiña II y Marta Brunet, se analizó el espacio público. El Ministerio quería saber qué ocurría con los niños de 0 a 1 año y con los jóvenes de 15 a 17 años, por lo que se hizo un seguimiento durante los días de la semana y los fines de semana, recorriendo por tres o cuatro horas los conjuntos, viendo lo que hacían los residentes: dónde paseaban, hacían deporte, se reunían, conversaban, etc. Una de las primeras cosas que nos llamó la atención, y que el Ministerio en un principio no nos quería creer, pero después se convencieron: fue que no encontramos ningún niño de 0 a 1 año en el espacio público. También tenemos otro cuadro que muestra que si consideramos a los jóvenes, hombres y mujeres, en los tres conjuntos y vemos la proporción etaria de cada uno de ellos respecto a la

cantidad que se encontró en las calles, había casi 4 veces mas hombres jóvenes que mujeres jóvenes.

Nosotros creemos que una de las causas de la violencia al interior del espacio privado de las viviendas, de la violencia intrafamiliar, además de la violencia que se ejerce “desde afuera”, se debe en buena parte a lo que ha sido la política urbana.

PAULA RODRÍGUEZ: Me tocó exponer acerca de las reflexiones finales —que aún estamos discutiendo— y de hacia dónde queremos que apunte lo que aún falta por escribir. No me voy a extender mucho, para dar paso a los comentarios.

Lo que nos interesa son las modalidades y grados en los que se produce la violencia en estos conjuntos de vivienda social, porque generalmente se dice que violencia y pobreza están unidos, que las manifestaciones de violencia serían algo “normal” en las situaciones de carencia en que se manifiesta esa violencia; pero nosotros creemos que esa relación no puede ser aceptada como “natural”.

Como aparece en la lámina de la presentación: Quizá la explicación de este fenómeno se refiere a cómo mediante políticas sociales se ha llegado a crear guetos urbanos, y cómo éstos operan a manera de incubadoras simbólicas y son la matriz para producir identidades truncadas. Esto es lo que plantea Wacquant.

Para profundizar en la noción de gueto... que entendemos como guetos metafóricos... Lo que creemos es que estos guetos están conformados mayoritariamente a partir de la clase a la que pertenecen sus habitantes; pero, al interior de estos guetos hay una cápsula, que es menor, pero que es igualmente importante, y que está determinada por el sexo y los roles de las personas. En esta cápsula, las que son doblemente victimizadas son las mujeres, porque —por un lado— son víctimas de las políticas de Estado, que no reconocen sus diferencias, no reconocen sus roles y el uso diferenciado de los espacios que hacen; y por otro lado, también son víctimas de la violencia que sus pares ejercen contra ellas, al interior de sus hogares.

Lo que veíamos en las conversaciones que hemos mantenido es que las mujeres dicen que no salen mucho de los conjuntos habitacionales, van a comprar a la esquina y se devuelven, o por el temor que sienten en el barrio, se parapetan junto con sus hijos al interior de sus casas, que son bastante pequeñas, entre tantos otros. Eso es algo que impacta, esa doble reclusión y aislamiento... entonces, las preguntas quizá son qué es lo que se debiera hacer para revertir esta situación. Hemos estado conversando acerca de qué hay que hacer respecto a esta situación, y a una de las conclusiones que hemos llegado en el grupo fue que las mujeres debían ser consideradas sujetos políticos en la definición y diseño de las políticas habitacionales. Esto significa tomar en cuenta sus especificidades, su uso de los espacios tanto públicos como privados, los diferentes roles que tienen ambos sexos; también, las ubicaciones en la ciudad de los conjuntos habitacionales, los recorridos que hacen las mujeres, entre tantos otros.

Bueno, eso sería...

ALFREDO RODRÍGUEZ: Ximena, si quieres comenzar con tus observaciones...

XIMENA VALDÉS: Este tipo de aproximación a la relación entre territorio y violencia es novedosa, es atractiva; pero creo que al trabajo —que está bien hilvanado— le falta material empírico que tenga que ver con los grados de violencia que se dan, con cómo se dan.

En términos más específicos, creo que a este trabajo, que habla de la violencia simbólica por parte del Estado y de la violencia física producto de la dominación masculina, yo le pondría más bien como título “la geografía del género” en vez “la perspectiva de género”. Es interesante, porque indica territorio, hábitat y manifestaciones socioculturales en ese espacio. Frente a las afirmaciones que ustedes recogen del Minvu, del sector público, en las que se reitera que la violencia está asociada a la pobreza, y la otra afirmación, que creo que viene de seguridad ciudadana, de que las mujeres denuncian más porque tienen más vínculos con el aparato de Estado, con las oficinas públicas, y por lo tanto tienden a denunciar más, creo que aparte de que es “gruesa”, y aparte de que ustedes la contestan, yo haría una mayor reflexión sobre qué significa denunciar. Porque finalmente la denuncia es la punta del iceberg de un fenómeno que puede estar sumamente escondido. A mí me da la impresión de que habría que elaborar hipótesis más culturales, más antropológicas. Porque, por ejemplo, creo que el concepto del “honor familiar” está mucho más diluido en los estratos populares que en los estratos altos. El hecho de que en Las Condes, Vitacura o Providencia no se denuncie, no significa necesariamente que esos hombres C2 o ABC1 no maltraten a sus mujeres, sino que hay una tendencia a esconder esa violencia, porque hay un concepto del honor familiar que no permite que esa violencia se denuncie. Entonces, yo haría un poco más de reflexión sobre el dato, sobre qué significa eso.

Ustedes afirman, por otra parte, que se podría decir que hay una violencia pública que es más masculina, que tiene sus horarios y localización. Toman el ejemplo del robo con violencia y afirman que en el eje de Vitacura y Providencia se dan más denuncias ahí. Contrariamente, la violencia intrafamiliar se da con mayor intensidad en los bordes de la ciudad, en la periferia. Mi pregunta es que si esas dos categorías de delitos son las únicas que considerar en una búsqueda de esta naturaleza. Las violencias contra las mujeres no son solamente las de violencia intrafamiliar, como las califica el Estado, el aparato estatal o la ley. Están los delitos sexuales, están las lesiones graves y las lesiones leves... Como he trabajado un poco con esos datos, pienso que podría enriquecerse el trabajo si se analizara, por ejemplo, en el caso de los delitos de mayor connotación social, las lesiones —las graves y menos graves— en hombres y mujeres. Me da la impresión, por lo que ustedes mismos dicen y por lo que afirman los testimonios, de que en El Volcán debe haber mucha lesión grave y leve en contra de las mujeres, en los espacios públicos... Creo que quedarse sólo con la violencia intrafamiliar crea un sesgo, de género incluso, en el que se cree que a las mujeres todas las cosas malas les pasan en la casa y no en la calle, y que a los hombres todas las cosas malas les pasan en la calle y no en la casa. Yo tomaría más delitos para configurar este trabajo.

Después, hay un dato que a mí me pareció muy interesante, respecto a las diferenciaciones espaciales, que están en el trabajo final. Las jefas de hogar, en la vivienda social, tienen una participación laboral de 44,7 por ciento; en las PET, 54 por ciento; y en las otra, 47 por ciento. O sea, las mujeres que viven en la vivienda social son las más encerradas, son las que menos trabajan. Yo traté de hacer, con el trabajo de mapas, una correlación entre violencia y otros factores. Me pareció significativa la relación entre violencia intrafamiliar y el trabajo de las mujeres. En una investigación cualitativa que me ha tocado hacer, acerca de las temporeras, observé que cuando la mujer se decidía a trabajar, a abandonar la casa, a percibir un salario, sobre todo en el campo, el “coscacho” no se lo evitaba de ninguna manera. Es decir, hay una fractura de la identidad masculina, en sectores muy tradicionales, cuando la mujer accede al trabajo, deja la casa, deja de hacer la comida, entrega los niños a la vecina. Ahí los hombres quedan absolutamente descolocados, produciéndose situaciones de violencia muy graves cuando se rompe la tradición, cuando se rompe el esquema de mujer en la casa y hombre proveedor. O

sea, cuando se rompe el patrón industrial de familia, en el que uno es cuidador y el otro es proveedor. En esa medida, creo que al recurrir a materiales cualitativos, en la vivienda social y en el PET, enriquecería el estudio...

Yo me imaginaba, con las descripciones que hay, que en la vivienda social había trabajadores informales y precarios, y que en los PET había clase obrera, lo que sería “clase obrera”. Lo que los datos dicen es que las mujeres de los PET trabajan más de manera remunerada, las mujeres de la vivienda social lo hacen menos, y tienen menos índices de denuncias. Ahí hay una pista interesante de analizar a través de lo cualitativo. Porque realmente las denuncias y la cartografía te dan grandes pistas, pero yo creo que sin lo cualitativo uno no puede llegar a dilucidar en qué terminan esas cosas.

Una observación en términos de la política pública de vivienda: cuando uno ve las casas que ustedes mostraron, conoce lo que hay detrás de esas casas de 36 metros cuadrados, no sé... dan ganas de hacer reflexiones mayores sobre la clase política, sobre el tema de la concepción de la vivienda, sobre lo social, sobre cómo el Estado concibe lo social. Hay una gran distancia, creo, con respecto a los años sesenta y setenta, entre lo que se pensaba en esa época sobre el “otro”, sobre las clases populares, y lo que se piensa hoy día. No solamente en política de vivienda, sino también en política de salud y educación. Creo que la diferencia está en que, de alguna manera, hasta los años setenta, el funcionario público no estaba alejado de ser usuario de esos servicios: tenía a su hijo en el liceo, el funcionario público —incluso ministros— iba a los hospitales públicos; muchos empleados públicos accedían a planes de vivienda a través de sistemas de deudas... Ahora, con esta concepción de “jaula”, esta idea de gueto, la función pública está absolutamente alejada de lo popular; no tiene ningún vínculo, no tiene ningún estímulo para saber lo que es vivir en ese espacio, tener ese tipo de salud o ir a ese tipo de escuelas.

Creo que la ventaja que tiene la entrada que ustedes hacen a la política social, es esa: desnudar cómo el Estado maltrata. Yo no creo que la vivienda social produzca la violencia, pero creo que la reproduce, porque al concebir un espacio de 36 metros cuadrados, al concebir este espacio gueto que está alejado de los servicios urbanos de Puente Alto, uno no se puede imaginar más que un deterioro de las condiciones de vida, un deterioro cultural, un deterioro de todo....

ALFREDO RODRÍGUEZ: ¿Tú crees que en esas viviendas no se tomó en cuenta el daño psicológico que pueden causar?

XIMENA VALDÉS: Creo que no. En el fondo están reproduciendo la violencia, al encerrar, sobre todo en este sector, a las mujeres que trabajan menos fuera del hogar. Esas señoras, que pueden ser jóvenes o viejas, están todo el día metidas dentro de la casa —porque en el fondo estamos hablando de dueñas de casa—, confinadas en 36 metros cuadrados. Además, ellas han perdido la sociabilidad que les daba el parlamento con sus pares, las mujeres. Eso de tener pares mujeres ayuda mucho contra la violencia, porque un hombre que sabe que esa mujer no está sola, no le pega. Un hombre que sabe que hay una organización de mujeres, inhibe más su conducta violenta que un hombre que sabe que esa mujer está sola.

Entonces, yo creo que la reflexión de SUR podría ir en la dirección de profundizar el análisis de la política social y la reproducción de las condiciones que dan origen a la violencia. En el fondo, con esa política social no hay manera de invitar a las mujeres al trabajo —que es el discurso de hoy día, que las mujeres trabajen más porque así se combate a la pobreza—, pero en estas condiciones no se ve por dónde. En las fotografías que ustedes muestran de El Volcán, una ve esa aridez, esa falta de espacios públicos. Es una política perversa, finalmente. Es una política

que impide solucionar ningún problema social, sino más bien reproducir los que existen. Yo creo que el foco del trabajo debiera profundizar ahí, y darle más vueltas a eso, muchas más vueltas. Al final hay ciertas cosas que aparecen un poco, porque la demostración empírica de ustedes es cartográfica, pero no hay otra demostración empírica.

Yo me hago preguntas en torno al origen —dato que también podrían obtener a través de los *focus groups*— de las personas que ocupan el hábitat de la vivienda social. Si ese origen es de primera migración rural-urbana, si es desplazamiento de allegados de otras comunas de acá. Yo he investigado más lo rural, por eso conozco más ese tema; y un dato es que, según todas las entrevistas que he hecho y todos los materiales que tengo, los grados de violencia que se producen en el campo no se conocen en el espacio urbano. En el medio rural hay una concepción de derecho muy pequeña, y la violencia es brutal. Ahora recién están apareciendo, por ejemplo, en la comuna de Tirúa, casos de violencia intrafamiliar grave. Lo que ocurre en el campo no es la cachetada o la patada o la mala palabra, sino que es el hachazo o el palo; hay grados de violencia mucho más graves. Así, habría que indagar si los habitantes de los conjuntos de vivienda social son personas de primera generación de migrantes, porque si lo fuesen, la herencia cultural del medio rural es muy potente. Detalles de ese tipo, para hacerle preguntas al material cualitativo.

Si no estuviese ese material cualitativo, creo que hay pistas para ir acercándose a cualificar este déficit que tiene el trabajo, la falta del material sobre violencia; por ejemplo, acercarse a la Oficina Municipal de la Mujer de Puente Alto, que tiene que recepcionar denuncias. También a las funcionarias del Sernam, a los carabineros, a los del servicio médico legal, por delitos sexuales y violación, en lo que ustedes tampoco se meten mucho. Creo que ahí también hay una pista interesante para indagar.

Respecto de lo que les digo de la cuestión rural: si se examina las tasas de violencia en un mapa de Santiago, comparando las comunas de Alhué, de Til-til o Lampa versus Pirque, Puente Alto, resulta que esa tasa es mayor en las comunas donde hay mayor ruralidad: Til-Til, Lampa, San José de Maipo, Melipilla, etc. Eso confirma, un poco, que el origen rural tiene una significación importante en la manifestación de la violencia. Creo que recién las mujeres que habitan este medio se están atreviendo a denunciar.

Hay otra cosa que creo que es interesante introducir en el trabajo. Ustedes hababan de la relación tiempo-espacio en la violencia; espacio de violencia masculina y femenina, y el tiempo. A los hombres les pegan en la madrugada, les hacen robo con violencia; y a las mujeres, violencia intrafamiliar de 4 a 24 horas. Otros datos muestran que la violencia intrafamiliar aumenta desde el otoño e invierno a la primavera y verano. Hay más violencia intrafamiliar en primavera y verano que en invierno y en otoño. Es decir, hay más violencia en la casa cuando la gente está más afuera. ¿Por qué? Es para preguntarse: ¿Porque los hombres se ponen celosos? ¿Porque en el 18 de Septiembre se sale a farrear? ¿Porque las mujeres se exponen físicamente en lo público? Yo creo que por ahí, con datos culturales y antropológicos, se puede indagar más con entrevistas, grupos focales... Creo que hay una cultura masculina en Chile que genera ese tipo de violencia, porque hay una permisividad distinta para hombres y para mujeres.

FABIO VELÁZQUEZ: Yo voy a hacer un comentario muy corto y totalmente improvisado. Alcancé a leer el documento ahora, por ahí, en un café tomando una cerveza. En primer lugar, me pareció un tema muy sugestivo para lo que nosotros en Colombia no hacemos; no es lo que hacemos, sino lo que no hacemos. Es decir, éste es un objeto de estudio, para nosotros, todavía lejano en el desarrollo de la vida de la ciudad, y creo que aquí hay una aproximación muy interesante que me

llama la atención. Quiero señalar, entonces, en primer lugar, la pertinencia y la originalidad del tema, y la manera como se pretende abordar.

En segundo lugar, yo no soy especialista ni en temas de violencia ni en temas de género; algo conozco sobre el tema de ciudad. Pero, además, no conozco Santiago, por lo que lógicamente no podría hacer comentarios tan específicos como los que ha hecho Ximena, con los que estoy —en principio— totalmente de acuerdo. Voy, entonces, a decir un par de cosas —una teórica y otra metodológica— y con eso quiero aportar mi granito de arena a la reflexión.

La primera es que este trabajo me evoca a mí la escuela de sociología urbana de Chicago, de una manera interesante. No solamente por el concepto de gueto, sino por este enfoque general de las relaciones entre territorio y estilos de vida, del trabajo de Louis Wirth —conocidísimo— y de Robert Park. Me parece que está recuperado en un buen sentido. Sin embargo, yo diría que hay un énfasis muy ecológico del análisis de la violencia contra la mujer, y yo sería más partidario de un análisis más socio-antropológico.

Siguiendo la misma línea, retomo no al pie de la letra, pero sí el sentido de la crítica que hacía Castells, en la cuestión urbana, a la escuela de Chicago, en cuanto a que no podíamos explicar relaciones sociales a partir de dimensiones territoriales. Y por eso, en la hipótesis que ustedes construyen, si bien ustedes dicen que “no es la densidad”, “no es la pobreza”, yo noto un cierto tono de que el gueto, como densidad urbana, está generando relaciones de violencia en contra de la mujer. Ahí noto un cierto aire ecologista, de la escuela de Chicago, en el planteamiento. Cuando digo que sería necesario un análisis más socio-antropológico, es un poco lo que decía Ximena: hay que hacer un análisis mucho más detallado de lo que son las formas de violencia y tratar de hacer un perfil—y en eso sí en Colombia se ha desarrollado mucho—, un perfil epidemiológico de la violencia. Es decir, una caracterización socio-demográfica de quiénes son las víctimas y los victimarios, con todas esas variables que ustedes señalan: tiempo, espacio, temporalidad, etc. Pero también considerando la forma de la violencia, si es simbólica o material, etc. En fin, eso puede ayudar a construir hipótesis que están mucho más en la lógica de la relación social, y no del contexto territorial en el que se constituyen.

Otro elemento que me parece también vital en el enfoque del asunto, es que veo que hay dos campos de análisis que a veces no se llevan muy bien. Uno es un análisis mucho más estructural, y por eso la cartografía es el instrumento metodológico preferido por ustedes. Es decir “miremos variables estructurales, ubicación de estas políticas sociales, etc., y veamos, como consecuencia de eso, comportamientos e interacciones sociales”. Lo que a mí se me dificulta al leer el texto, es el paso del nivel estructural al nivel conductual. Es decir, como se “traducen” esas dimensiones estructurales en pautas de conducta que conducen a un comportamiento que termina siendo violento en contra de las mujeres. Ahí me parece que es donde yo coloco el enfoque socio-antropológico. Es decir, habría que mirar cuál es el conector que hay entre una serie de condicionantes estructurales —que sin duda tienen cabida en la explicación del fenómeno— y las dinámicas socio-culturales que están ligadas a la violencia en contra de las mujeres. Me parece, desde el punto de vista del enfoque, que hay que lograr un salto lógico desde la dimensión estructural a la dimensión conductual, que tiene solución de continuidad.

Esos comentarios teóricos, me parece, tienen implicaciones metodológicas. Yo estoy totalmente de acuerdo con lo que acaba de señalar Ximena. Yo esperarí muchas más entrevistas, más entrevista en profundidad, más observación etnográfica para mirar “lo cualitativo”, las dimensiones que se pueden tipificar, lo singular de los fenómenos que ocurren, para poder de ahí

también derivar hipótesis mucho más ricas, menos estructurales y más ligadas a lo que es la interacción. Por eso señalo el tema de la necesidad de profundizar en la caracterización empírica del fenómeno. Ahí aludo a la epidemiología de la violencia, lo que implica que a partir de esa caracterización —que es descriptiva, que no explica por sí misma—, se recoja una gran cantidad de matices del fenómeno, que le permiten a uno construir hipótesis. Creo que eso le daría una densidad mucho mayor a la hipótesis que ustedes están construyendo.

Me parece que hay una pista muy interesante —y este es mi último comentario— en el intento de ligar política social, construcción de hábitat y conductas sociales. Pero me parece, como dice Ximena, que hay explorar mucho más esa relación. Me parece muy interesante, porque —como lo señalaba Alfredo en la presentación— estas políticas se definieron como políticas redistributivas y democráticas. Entonces, son políticas que están produciendo efectos perversos, y la pregunta es, entonces, ¿por qué una política que se piensa así produce efectos perversos? Es decir, ¿cuáles son las condicionantes que están llevando a que, en determinadas circunstancias, algo que se establece como una apuesta democrática obtenga un efecto perverso en contra de los que son beneficiarios de esta política? Me parece que ahí hay una interrogante todavía, que el documento no explica. Está simplemente planteada como pregunta, pero no está respondida, y creo que ahí el trabajo ganaría mucho. Esos son mis comentarios.

ALFREDO RODRÍGUEZ: Bien. Entonces, ahora empezamos a conversar...

VIRGINIA GUZMÁN: Me pareció muy interesante la investigación y los comentarios, sobre todo si empezamos desde la pregunta sobre qué factores intervienen en la producción de determinados comportamientos, y la posibilidad de ver un conjunto de elementos de intervención. Quisiera agregar un par de comentarios más, que me quedaron dando vueltas. Uno tiene que ver con el trabajo cualitativo: ¿de donde vienen los residentes de los conjuntos de vivienda social, y con qué expectativas vienen? Yo creo que en un *focus group* es un tema más o menos fácil de seguir. La otra cosa que encontré ausente, es definir cuáles son los nexos entre las personas que hay en esas viviendas. ¿Hay nexos o no hay nexos? Si no hay nexos, ¿por qué? O sea, ¿qué temores lo impiden? ¿Cómo se representan al otro? ¿Cómo se representan al conjunto de personas que viven fuera del gueto? Porque hay un aspecto relacional que es importante para entender la violencia.

Pensaba también que un tema es la violencia, pero probablemente hay distintas conflictividades que se empiezan a desatar en esos conjuntos habitacionales. Yo no conozco, pero ¿qué pasa en un espacio tan chico con la relación de niños y madres? ¿Qué significa el poco uso del espacio público por parte de las mujeres? ¿Hay espacio público que pueda ser utilizado? Entonces, la violencia es una expresión, probablemente, entre otros elementos que uno podría calificar como una elevación de los niveles de conflictividad.

IVONNE MONTECINOS: Mi nombre es Ivonne Montecinos, soy asistente social. Yo pienso que, más que nada, hay que fortalecer al individuo. Yo parto de ahí, porque sean cuales sean las condiciones que nos rodean, en el hogar, en la familia, en el trabajo y la sociedad en general, dependen del cristal con que se miren. El ámbito familiar es un espacio donde las personas se sienten en confianza para desatar tensiones, rabias y frustraciones, sobre todo.

Pienso que influye mucho el sistema, el sistema que atosiga a la persona con el consumismo, con los productos para consumir. Las personas quieren algo y después otra cosa mejor; tienen la mejor y quieren la otra, y la otra... Entonces, es una ambición que no tiene límites. Eso provoca frustración. A mí me gustaría trabajar con las personas como individuos, crear en ellos mayor sentido de la austeridad, desarrollar los valores, los principios. Eso, considero yo, modela más el

comportamiento de mujeres, hombres y niños. Ahora sabemos que la violencia de los niños empieza como a los once años, que en los colegios se cortan con cortaplumas los unos a los otros. Pienso que por ahí sale “más barato” y más a mi gusto el cambio que se requiere: cambiar el pensamiento de las personas en sí. Eso requiere, obviamente, el apoyo de otros individuos que tengan esos principios, que tengan esos valores, que cuando flaqueen estén junto a ellos.

PAOLA JIRÓN: Mi nombre es Paola Jirón, del Instituto de la Vivienda de la Universidad de Chile. En este momento estoy terminando un doctorado, así que he tenido como experiencia el ir mucho a terreno en estos últimos años. He tenido que analizar también los ingresos bajos, medios y altos; y la precariedad en la vivienda, en la ciudad. Entonces, a partir de lo que han dicho, me parece importante que se estén georreferenciando estos datos, comparando datos, lo que en Chile no había mucho. Eso, creo, es un avance importante que SUR está haciendo.

Una de las primeras cosas que pienso, y lo habíamos hablado con Marisol Saborido antes, es que están un poco ausentes las diferencias de edades en el tema de la violencia; cómo el uso del espacio es distinto en los jóvenes, en los adultos o en las mujeres jóvenes. He visto en los talleres con hip-hoperos, por ejemplo, el uso del espacio y la agresividad que tienen muchos niños en el espacio público y al interior de las viviendas.

Otra cosa que me parece interesante, y que me preocupa un poco, es quizás a partir de lo que Alfredo mencionó de la visión de Wacquant. Cuando Wacquant habla de los guetos, lo hace para analizar las políticas públicas. Y es una cosa que aquí está sucediendo en el tema de la seguridad ciudadana, que se está poniendo tan fuerte y tan agresivo, casi pensando en poner cámaras de televisión en distintas partes, que sería lo peor que podría suceder. Entonces, hay que ver cómo se pueden analizar mejor tanto las políticas territoriales como las políticas sociales de salud, educación, etc., pero también qué es lo que está pasando con los programas de seguridad ciudadana, que son un poco más difíciles de abordar. Ojalá que este tipo de estudios no vaya tanto por controlar más, sino por entender mejor las problemáticas que están sucediendo.

UCA SILVA: Creo que lo más interesante ya se ha dicho, pero igual podemos indagar un poco más profundamente. Yo no tengo mucho conocimiento sobre los temas territoriales, pero sería interesante ver cuáles son las estrategias que las personas han considerado para prevenir la violencia, más allá de la denuncia. Me refiero a las estrategias tanto individuales como colectivas, porque entiendo que desde las políticas sociales hay políticas de participación que son colectivas para la prevención de la violencia, como ocupar espacios públicos, por ejemplo. Hay que ver si la gente está utilizando esos recursos que provee el gobierno, por una parte; y por otra, ver cuáles son las estrategias individuales para prevenir la violencia en contra de la mujer.

FERNANDO JIMÉNEZ: Quiero decir algunas pequeñas cosas sobre el tema de los guetos. Esto viene a cuento no solamente a partir de la concentración de determinados grupos humanos en determinados lugares, sino también con la generación de una subcultura, de una cultura particular que tiene una expresión diferente a lo que se supone es el resto de la sociedad. Ese es un tema que hay que tener en presencia.

Lo otro es el tema de las políticas con perspectivas de género. Creo que efectivamente en Chile no ha habido ninguna política que haya mantenido una perspectiva de género; entonces, mal podríamos encontrarla. Me cuesta ver aquí la relación de la violencia intrafamiliar exclusivamente con la política de vivienda, cuando veo que muchos de estos problemas se producen en muchos sectores de vivienda popular, que no necesariamente se abocan cartográficamente a esta política, porque hay viviendas de otros años, de otras épocas que no

corresponden a esta política, que también eran políticas “neutrales”, que no tenían ninguna mirada de género. Entonces, me gustaría saber si hay más indicadores que debieran contener una política de género, como para contrastarlos.

ALFREDO RODRÍGUEZ: Paulina tenía una observación...

PAULINA MATTA: Leí el documento antes, y mi sensación es que es casi una propuesta para una investigación, y no una investigación. Y en ese sentido está bien; todos los aportes ayudan a aclarar esta propuesta.

MARISOL SABORIDO: Recogiendo lo que estaba diciendo Paulina, creo que es totalmente así. Esto es una propuesta, es una primera exploración. Más que un trabajo en construcción, es un borrador de un trabajo en construcción. Pero quiero contarles un poco como ha sido la historia del trabajo, donde hemos discutido, pero no hemos peleado. Nos ayuda el recoger los comentarios tan interesantes e enriquecedores que nos han hecho.

El cuento es el siguiente: nosotros estamos estudiando esto como parte de un programa mayor, el programa regional de Unifem que tiene por título “ciudades sin violencia para las mujeres y políticas públicas”. Entonces, la conversación que hemos en el equipo, con Paula, con Alfredo, con Ximena Salas yo, y eventualmente con Olga Segovia, que está coordinando el programa, era que ninguno de nosotros es experto en violencia, por cierto, ni menos en violencia intrafamiliar. Entonces, por un lado estaba el tema de la violencia con las cosas que ustedes han dicho, con las aproximaciones, con la constitución de la violencia intrafamiliar como delito, con estas nuevas leyes...; y por otro lado, el tema desde nuestra mirada, con acento en lo urbano y territorial, con una preocupación por la ciudad. Estamos tratando de articular, por un lado, una traducción concreta a una perspectiva de género en la ciudad, relacionado con lo que decía Fernando de las políticas públicas; y por otro lado, cómo relacionar eso con un fenómeno que nos parecía una de las expresiones más feroces en términos de las desigualdades de género, y que tiene traducciones muy específicas.

Entonces, con el artículo que ha servido de base para esta discusión. Lo que tratábamos de hacer es articular la ciudad y el género. Cuando hablamos de ciudad, hablamos de territorio, de vivienda, de asentamientos urbanos, de guetos; y de género hablamos en términos de construcción de roles y desigualdades. Vemos la ciudad como un constructo social que tiene que ver con las operaciones del constructo género; y por otro lado, queremos tomarnos de este artículo previo que habían hecho Alfredo y Ximena respecto de los datos de denuncias. Quisimos aprovechar esta información para hacer este laboratorio, y de ahí seguir avanzando. O sea, nos estamos sirviendo, en esta primera etapa, de toda la información secundaria que venía de otras fuentes, o que Ximena y Alfredo habían generado en sus estudios. Entonces, lo que está saliendo son unas primeras líneas, pistas para ir generando preguntas que nos interesan para seguir adelante.

Tenemos a sensación de que, aunque sea que no conozcamos —como dice Fernando— resultados de políticas públicas o de política social donde efectivamente se incluya el género en Chile, cuando hablamos de educación, cuando hablamos de salud u otros ámbitos de la política social, pareciera haber más recorrido y más claridad respecto a la incorporación de una perspectiva de género. Y es mucho más difícil decir, todavía, que eso ocurre cuando hablamos en términos de la ciudad. En ese sentido, con los ensayos previos, ha sido toda una sensación de logro para nosotros empezar a poner estos temas en lugares como un foro de la Biental de

Arquitectura, por ejemplo, y conversar con el Colegio de Arquitectos en estos términos, porque es un territorio absolutamente resistente a estas perspectivas.

ALFREDO RODRÍGUEZ: Desgraciadamente, hoy día no están acá Susana ni Alejandra. Ellas han pasado tres años y medio en El Volcán compartiendo con las señoras. Y de lo que he conversado con ellas de la violencia intrafamiliar no se habla, la violencia intrafamiliar no existe como tema. Sólo se habla en los talleres de la Vicaría de la Pastoral Social, que tienen un taller sobre violencia. Pero fuera del taller, nada.

I-1*: Ahí hay una cosa importante: ¿no se habla porque no se quiere, no se habla porque no se identifica el problema?

ALFREDO RODRÍGUEZ: El problema está, se pegan, ahí están las denuncias...

I-2: A mí me contaba algo bien interesante una psiquiatra, algo que ella ve acerca de la violencia intrafamiliar. Una paciente a la que el marido golpeaba le decía: “Mi marido es muy enojón”, y ella le pregunta: “¿Y qué significa ser ‘enojón’, para usted?”. O sea, la violencia está metida... Eso, a propósito de lo que pueden ser tradiciones rurales en la ciudad. Mucho de la violencia se acepta casi como comer o respirar, porque vieron que sus mamás eran golpeadas, que se golpeaban los hermanos. Y se acepta, como si fuera natural, que el hombre golpee.

FERNANDO JIMÉNEZ: Creo que esto tiene que ver con un tema que se planteaba. Yo también trabajaba en El Volcán y veía cómo muchas niñas jóvenes efectivamente estaban tomando — quizás como respuesta a lo que habían visto— actitudes incluso más violentas que los muchachos. Yo vi cómo casi apedrean a un muchacho. Unas semanas atrás, acusaron a un profesor de la Florida, en el colegio Los Almendros, por abuso sexual. La niña que lo denunció tenía nueve años. Es una niña con la cual trabajamos en la ONG Cordillera; es de un trato violentísimo, verbalmente tenía un nivel de agresividad al que le teníamos miedo muchas veces. De hecho, ella le tiró una silla un día al profesor, la echaron del colegio, y ahí denunció lo que el profesor hacía con sus compañeritas y de cómo él la había tratado a ella y ella no había aguantado. Las niñas no son las mismas niñas pasivas de antes, que veían y aceptaban. También están sacando las garras, con todo derecho.

I-3: Sí, como defensa...

I-4: Alfredo, con respecto a eso que tú decías, del problema de que la gente no habla, creo que precisamente ahí está eso que dicen ellos de la metodología: cómo encontrar esos espacios donde sí se habla, que son difíciles de encontrar. A mí me contaban que en las favelas de Bahía, por ejemplo, no se puede hablar de las drogas; entonces se van a otros talleres, a otros espacios donde sí pueden hacerlo. Ahí, metodológicamente, hay un trabajo de los antropólogos muy interesante.

I-5: En realidad, creo que es un mito eso de que la gente no habla. Yo trabajé varios años sobre violencia intrafamiliar, y todas las mujeres pedían ayuda, y todas las familias sabían a quién le pagaban, dónde le pegaban y cuándo le pegaban. La gente pide ayuda, y eso tú lo puedes leer en los periódicos cuando a las mujeres las matan, y estaban con resguardo policial, el marido no se les pedía acercar. Eran gritos de ayuda. Yo creo que hay un mito ahí. Creo que hay que crear

* Los interlocutores(as) no identificados han sido señalados con una letra “I” seguida de un número. Puede que se haya identificado más interlocutores de los que efectivamente hubo, producto de que sólo por el timbre de la voz no se pudo identificarlos.

espacios para que se hagan denuncias de otro tipo; no la denuncia policial donde tú puedes quebrar a tu familia, que también está en riesgo. Eso me parece muy interesante: qué significa una denuncia, qué significa para los dos lados. ¿Cuáles son las significancias de una denuncia?, ¿Quebrar la familia? ¿Traición?

I-6: Por lo general, cuando hace la denuncia, a la mujer no le interesa mantener la familia. Ya se la jugó a concho, no quiere más guerra, y va y denuncia.

MARISOL SABORIDO: A mí me tocó hacer unas entrevistas, hace años atrás, en Quilicura, con jóvenes que confirman un poco lo que dice Fernando. Era otro el tema, era el tema de los sueños, pero aparecen en las conversaciones algunos comentarios de chicas jóvenes —estamos hablando de entre quince a veinte años, muchas de ellas madres con varios hijos—. Donde decían: “Yo vi como a mi mamá le sacaron la cresta cuando era chica”. “¿Qué pasa contigo ahora?”, le preguntábamos, y ella decía: “Ahora yo soy la que saca la cresta”. Habría que explorar hasta dónde llega eso.

I-7: Los jóvenes que yo he entrevistado dicen “es culpa de mi hermano, porque él me enseñó a pelear, ahora yo les pego”.

MARISOL SABORIDO: Hay varias lecturas ahí entre medio, la “escuela de vida”.

I-8: Podría existir un ramo en el colegio que explicara cuáles son las consecuencias de hacer daño físico a una mujer...

I-9: O psicológico.

I-10: ... saber directamente la pena carcelaria, con cuántos años de cárcel se castiga eso. Para que se tome conciencia de una vez por todas, desde el principio. Porque después, cuando es joven y está metido en los guetos, la misma distancia, el mismo distanciamiento en que se encuentran esos jóvenes crea el odio en ellos, porque sienten que socialmente y territorialmente han sido discriminados. Entonces, la única manera de manifestar ese odio es la violencia, y entre ellos mismos, más encima.

FABIO VELÁZQUEZ: A propósito de lo que decía Alfredo, de que no se habla... Yo creo que en Colombia ha habido un salto cualitativo en esta materia, que es dramática también. Con tres instituciones que existían, las Comisarías de Familia, los Centros de Conciliación y los jueces de paz o justicia alternativa, se ha generado un elemento que es fundamental, como es la confianza. Confianza social para lograr que colectivamente haya un ambiente que permita a la mujer decir “sí, me han golpeado, me han maltratado”. Y eso no solamente ha subido desde el punto de vista jurídico los índices de denuncia de estas actividades, sino que ha generado nuevas formas de tramitar el problema. Primero, generando un espacio para hablar; los Centros de Conciliación y los jueces de paz son eso; son formas de justicia alternativa comunitaria, que les permiten sentarse en la mesa a los que están en conflicto y decir qué es lo que está pasando; el juez de paz que tiene una actividad comunitaria, va a tratar de resolver el problema antes de que vaya a instancias judiciales. Entonces, me parece interesante ese tipo de instituciones, que también son parte de las políticas públicas, y que pueden ser muy importantes para hacer aflorar el tema; pero ya cuando sale a flote, y hay suficientes elementos, resulta mucho más fácil abordarlo.

PAULA RODRÍGUEZ: Hay una crítica hacia los Tribunales de Conciliación, de parte de algunas feministas, y es que en algunas ocasiones la solución es que la mujer vuelva al hogar, a la pareja...

FABIO VELÁZQUEZ: Puede haber eso, sin duda. No lo dudo, porque ellos también están marcados por patrones culturales, no lo dudo. De acuerdo, pero digo que de todas maneras han ayudado a sacar a flote el tema.

CARMEN PAZ BARTOLOMÉ: Hay un punto en el minuto de la denuncia que hace muy complicado para las mujeres enfrentarse a la instancia de la denuncia. No ocurre sólo en los barrios populares. En las comunas del barrio alto hay un exceso de denuncias fraudulentas, por así decirlo, dentro de los juicios de tenencia de la familia, los juicios de custodia, manutención y pensión. Llegar con una denuncia a cualquier comisaría desde Providencia para arriba es lo más complicado que hay, porque de partida los carabineros están predispuestos a creer que las mujeres van a mentir. En ninguna de las comisarías de Providencia a Lo Barnechea he visto a ninguna mujer, a ninguna hora del día, por denuncias de maltrato.

Tú hiciste una distinción cuando dijiste “a las mujeres las golpean más y hay otras que denuncian más”. Yo no sé si en esa distinción había un propósito o fue solamente una distinción lingüística. Porque está bien, yo también soy rural, soy del campo, crecí con las temporeras y todo eso. Tengo claro lo estacional a que te refieres: en el verano a las mujeres las masacran mucho más que en el invierno, porque andan en traje de baño, porque toman, porque se ríen, por cualquier cosa. Yo crecí en un campo de manzanas, donde la mitad de las mujeres no llegaba el lunes. Además, las mujeres se ponen torpes el fin de semana, lo que es irónico. De lunes a viernes no se caen por las escaleras, no les pasa nada. Pero el sábado, empiezan todas a ser torpes, y se empiezan a caer por las escaleras, se golpean con el closet. O sea, es súper mágico, los fines de semana es espantoso.

XIMENA VALDÉS: Con respecto a lo que decía Uca acerca de qué es denunciar, yo creo que denunciar es acortar el umbral de tolerancia. Además, la denuncia no necesariamente llega al final. Muchas mujeres denuncian, pero, por ejemplo, si fulano le pegó a fulana y ella denunció, después retiró la denuncia, por la presión del hijo o por otras cosas. Sin embargo ese hecho, el haber hecho la denuncia, creo que inhibe la segunda golpiza de una manera bastante radical. Yo creo que la denuncia hay que tomarla como un elemento del umbral de tolerancia, pero también como un instrumento de negociación. No siempre esa denuncia que es un instrumento de negociación figura en las estadísticas, porque la que figura en las estadísticas es la que no se retira. Entonces, yo creo que habría que hacer un trabajo acerca del significado de las denuncias.

En los términos de estrategias metodológicas, creo que es interesante esta etapa que viene, porque ustedes... van a seguir, ¿no? [Risas] El 95 por ciento de la violencia intrafamiliar se denuncia en Carabineros, un porcentaje mucho más chico es el que va a ir a tribunales penales y civiles. Entonces, creo que es clave la cuestión de los carabineros. Yo creo que hay que acercarse a ellos. Tú te metes a la página web de Carabineros y sale cuántas comisarías hay. En el trabajado de ustedes, hay que entrevistar a informantes claves de Carabineros de comisarías y de retenes de Puente Alto. Creo que sería una estrategia metodológica muy importante, porque les permitiría demostrar mejor su hipótesis de la vivienda social, haciendo una separación entre vivienda social, el programa PET y otras. Hay que indagar con entrevistas en los tres niveles. Después, indagar en los consultorios que han abierto sus puertas ahora. Y ahí hay más política de género que en vivienda, porque el tema de la violencia intrafamiliar se colocó en la agenda de salud. Se pueden revisar las fichas de atención en violencia a nivel de policlínicos, consultorios y postas. Creo que esa es otra forma de entrar al tema, con la que en una micro-localidad en una comuna se puede sacar mucho material.

I-11: Incluso se podría investigar en el Instituto Médico Legal.

XIMENA VALDÉS: Sí, las violaciones sobre todo, que es otro tema que yo tomaría. Yo lo tomaría dentro de los datos, porque se podrían tomar las violaciones y delitos sexuales. Son pocas las que hay registradas en Carabineros, pero habría que ir a Investigaciones a constatar.

I-12: Yo creo que el gran desafío de la investigación es seguir manteniendo el vínculo entre lo territorial y el comportamiento social.

XIMENA VALDÉS: Por eso hay que hacer el análisis comparativo entre los distintos tipos de vivienda.

UCA SILVA: Pienso que el gobierno, desde la Concertación, ha desarrollado políticas de género bastante importantes, políticas públicas, y una de ellas ha sido la prevención de la violencia en general.

I-13: Pero no se saca nada con sólo recibir las denuncias; hay que darles atención a las personas que sufren la violencia, y además hay que sacarlas del hogar, porque si después de la denuncia vuelven al hogar, les pegan más todavía.

UCA SILVA: En relación a las políticas públicas, a mí me parece interesante lo que han hecho, porque hubo una capacitación a Carabineros, y de eso hay estudios y entrevistas a funcionarios. Contaban casos interesantes, porque ellos no se atrevían a entrar a las poblaciones. Hubo una educación permanente para respetar a las mujeres cuando hacían denuncias. Generalmente, esto está dirigido a sectores más populares. Sí hay políticas de género, se han hecho cosas. Por ejemplo, las denuncias. Si las mujeres están denunciando en estos momentos, está esa discusión permanente: ¿hay más violencia o hay más denuncias? Pero también, de hecho, las mujeres se están atreviendo más a denunciar, por esta política que ha sido beneficiosa para ellas, que han educado a los carabineros, entre otras cosas.

ALFREDO RODRÍGUEZ: Una de las cosas interesantes que hay es que quien primero se dedicó a la georreferenciación de los delitos en el Ministerio del Interior fue Tudela, que es un antropólogo.

I-14: Él fue quien creó la División de Seguridad Ciudadana en la Subsecretaría...

ALFREDO RODRÍGUEZ: En su registro de la información, particularmente de las denuncias de violencia intrafamiliar, se mantiene el mismo patrón durante cinco o seis años. O sea, la localización no varía, se repite. Esto es respondiendo un poco a lo que decía Fabio.

Yo creo que lo que decía Paulina es absolutamente cierto. Estamos tratando de construir una hipótesis, porque teníamos una información registrada sobre los conjuntos de vivienda social, y vimos que coincidía con una concentración poblacional. No es geografía de Chicago, no. Más bien yo creo que, como Fabio es sociólogo, tiende a ser poco espacial.

MARISOL SABORIDO: No estamos haciendo una cuestión determinista, para nada.

ALFREDO RODRÍGUEZ: Lo que nosotros venimos diciendo desde hace muchos años es que los fenómenos sociales no pueden mirarse fuera del espacio. Otra de las cosas que hemos aprendido es que no puedes considerar un lugar fuera del tiempo y fuera del género. El lugar no es una cuestión abstracta, es una combinación de varios factores; eso es lo que hace un lugar. Eso te remite a una cierta mirada de la ciudad y del espacio urbano. La mayoría de las políticas sociales son absolutamente abstractas, a-espaciales, a-temporales y sin género. Estáticas. [Risas]

FABIO VELÁZQUEZ: La discusión que se hace sobre el tema de la escuela de Chicago es relevante, porque el tema no es si nosotros espacializamos o no las hipótesis sobre comportamientos sociales, sino cuál es el lugar que le asignamos al territorio en la construcción de las hipótesis. Ahí yo soy muy consciente, porque toda mi vida he trabajado con arquitectos y he discutido mucho. Ahora soy profesor de la Maestría de Urbanismo de la Universidad Nacional, en Bogotá, y trabajo con arquitectos. Yo creo que el tema es cómo ubicamos la variable territorio en la explicación de los comportamientos sociales. Sin duda es una dimensión, pero hay que saber dónde ubicarla.

ALFREDO RODRÍGUEZ: Yo estoy en absoluto desacuerdo contigo. [Risas] Porque no es parte de la explicación, es parte del hecho. La dimensión espacial no es parte de la explicación, es parte del hecho. Si no hay espacio, no hay tiempo y no hay género, no hay lugar, no existe nada.

FABIO VELÁZQUEZ: Perfecto... yo sé que sólo hice una lectura rápida del texto. [Risas] La lectura del texto me deja el sabor de que la hipótesis está construida de esa manera, por eso lo dije. Me evoca a la escuela de Chicago, que plantea una visión ecológica del comportamiento social. Puede ser una lectura errada...

MARISOL SABORIDO: Tradicionalmente ha habido, me parece, una aproximación al espacio como una cuestión de continente. O sea, el espacio urbano, la ciudad, es un “contenedor” de hechos sociales. Y, por lo tanto, como contenedor sería neutro. Entonces, en ese sentido lo que estamos tratado de hacer es decir no, que aquí hay una relación recíproca. El espacio tiene connotaciones porque también es construido socialmente, como las relaciones de género. Y las características del territorio pueden ser determinantes de las conductas sociales, así como las conductas sociales van a incidir en la construcción de determinadas características del espacio. Entonces, hay una relación de “ida y vuelta”, y —como decía Alfredo— en ese sentido no es una variable más, explicativa, sino que está en la constitución del problema.

FABIO VELÁZQUEZ: Yo lo remito, perdonen la referencia académica, al libro de Castells *La ciudad y las masas*, donde dice una cosa espectacular, que supera su reduccionismo de la visión urbana. Dice que la ciudad es trabajo, experiencia y poder. El trabajo es relaciones sociales, la experiencia relaciones de género, y el poder, relaciones políticas. Me parece que eso es.

ALFREDO RODRÍGUEZ: No, le falta territorio. Ahí sigue abstracto...

VIRGINIA GUZMÁN: Una cosa que a mí me gustaría para que lleguemos a un acuerdo respecto a la complejidad de los comportamientos, las razones y motivaciones de los comportamientos, es tratar de no perder esto que es lo más aportador: esta dimensión espacio-tiempo y cómo puede influir en la generación de determinados comportamientos, de determinadas representaciones sociales, y cómo puede ser afectado por determinadas representaciones sociales. Yo voy a poner un ejemplo, porque es algo de lo que yo no había dado cuenta y *a posteriori*, encontrándome con una geógrafa, me lo hizo ver. En un trabajo que hicimos con obreras y obreros, sin darnos cuenta hicimos mucha referencia a cómo ocupaban el espacio de maneras muy diferentes; de cómo la fábrica era un espacio masculino, a excepción de unos pequeños espacios femeninos donde estaban concentradas las mujeres. Vimos cómo esa distribución espacial hacía que las mujeres fueran consideradas como una especie de advenedizas a la fábrica, y la fábrica era el conjunto de actividades. Eso es un ejemplo más de cómo la ubicación que tienes en el espacio y en el tiempo determina también tu manera de relacionarte con los demás. Desde la psicología, efectivamente, el espacio es un lugar de gran proyección del sujeto, de cómo percibe, de cómo vive un sujeto. Entonces, yo pondría mucho el acento en este elemento, el espacio y tiempo, y la manera en que

es vivido ese espacio y ese tiempo. Eso es lo que falta en la investigación: cómo es vivido y como es significado el espacio y el tiempo; eso puede configurar determinados comportamientos.

FERNANDO JIMÉNEZ: Pienso que ese es un punto fundamental, y ahí me recuerda mucho a Dolores Hayden que indaga mucho en el tema de la vivienda, pero en el espacio interior. Entonces, ¿cómo ocuparse del entorno? No solamente de la casa, del barrio de vivienda social, de las relaciones que se dan en las escaleras, en los bloques, cómo de ahí salimos al espacio público, a la pequeña plaza o al pasaje cerrado con las ampliaciones. Eso también se lleva a escala de barrio, de todos los conjuntos de viviendas sociales.

XIMENA VALDÉS: Creo que es interesante contribuir a que sea exitosa esta investigación. No conozco mucho, pero tengo un libro que se llama *Espacio, género y violencia*, y se los puedo prestar. En ese libro hay bastante bibliografía anglosajona, sobre todo inglesa, de unas geógrafas feministas que han producido una cantidad de material increíble. Ahí hay una pista... También hay otras pistas de un francés, en un libro que se llama *Le capital sur l'espace* y el de Bourdieu, de la renta urbana...

ALFREDO RODRÍGUEZ: ¿Cuál? ¿De la renta o de la vivienda?

XIMENA VALDÉS: De la vivienda urbana.

ALFREDO RODRÍGUEZ: Sí, sí.

XIMENA VALDÉS: Otra cosa que me quedó dando vueltas es tu afirmación de que la gente no habla, y la contrarrespuesta de la Uca. Creo que hay que tener una cierta sensibilidad, cierto oficio, para hablar de ciertos temas.

I-15: Yo voy a plantear una opinión un poco diferente, para tener en cuenta. Creo que hablar de la violencia ha sido producto de un proceso social. Antes las mujeres no distinguían ni diferenciaban la violencia. En Chile, ha sido un elemento que a las mujeres les dio valor para que opinaran, para que hablaran, para que ellas mismas se fueran empoderando. La experiencia no sale si no es unida a un discurso que la interpreta.

VERÓNICA BOTTESELLE: Creo que es necesario tener herramientas estadísticas para poder dar respuestas metodológicamente a las hipótesis, a las dudas. Esto es lo que se estaba planteando. Estoy de acuerdo, plenamente, con lo que dice Ximena y lo que dice Fabio. Me parece interesante, y también echo de menos el tema de hacer un análisis epidemiológico de la violencia. Hay que hacer todo un espectro epidemiológico respecto a lo que está pasando con la violencia en el espacio urbano y en el hogar. Y luego, lo que dice Ximena, que para estudiar relaciones de causalidad, necesariamente tenemos que tener un estudio de cohortes. En este caso, pareciera que dada la necesidad de trabajar el tema, se consiguió la información, se hicieron los registros, y de alguna manera se hizo una relación. Pero se podría también, como dice Ximena, hacer estudios de corte paralelos, o sea, teniendo un grupo de estudio y un grupo de control. Un grupo de estudio podría ser, si es que ustedes quieren probar la hipótesis de la vivienda social, los programas sociales. Lo otro es que me parece, definitivamente, que les va a probar si la hipótesis que se está planteando, a la luz de la información que se tiene, con todas las limitaciones que tiene este registro de violencia, es viable. A través de los *focus groups*, o de información cualitativa que ustedes levanten, se podría hacer un estudio descriptivo, que entregue una calidad de información muchísimo más certera.

ALFREDO RODRÍGUEZ: Les agradecemos todos sus comentarios, que son extremadamente útiles para nosotros.